



HOMBRES CÉLEBRES

No escasean los hijos de la provincia de Madrid que han hecho célebres sus nombres por su ingenio ó su talento.

Aunque no tuviese más que uno, y este fuera el inmortal autor de *Don Quijote*, bastaría para que la provincia de Madrid pudiese mostrarse orgullosa, porque el nombre de Miguel de Cervantes Saavedra, aclamado por todos los hombres de letras, así en España como fuera de ella, bien vale por muchos juntos.

Pero no ha dado la provincia de Madrid sólo á Cervantes. Otros peregrinos ingenios han tenido en ella su cuna, en ella y el principal teatro de sus triunfos, el resplandeciente foco de luz que ha llevado sus deslumbradores destellos á todos los ámbitos del mundo.

Hijo de la provincia de Madrid fué el insigne dramaturgo D. Pedro Calderón de la Barca, gloria de nuestra literatura dramática. Bajo su cielo hermoso, á la sombra de su entonces frondosa vegetación, se inspiró para dar al mundo joyas como *La vida es sueño*, *Los autos sacramentales*, y el repertorio que hoy, á través del tiempo y del refinamiento del gusto, pasa como modelo de la escena dramática española.

Otros escritores y autores dramáticos de gran valía forman con Calderón de la Barca la falange literaria de los hijos de Madrid. Las aficiones de Felipe IV, que tanto contribuyeron al florecimiento de nuestro teatro nacional, y la protección de que por este hecho quizá gozaban en la corte los hombres de letras y los comediantes, concurren, sin duda, á que abundasen en la provincia de Madrid esos astros que aún brillan con luz vivísima y que prometen iluminar eternamente el campo inmenso de las letras españolas.

Cervantes, Garcilaso, Calderón de la Barca, Quevedo, los dos Moratines, Moreto.

¿No dicen más estos nombres, para la gloria de la provincia de Madrid, que cuanto pudiéramos expresar?

Si en letras profanas cuenta Madrid con hijos de tal celebridad, otro tanto sucede en los demás ramos del saber humano. La Universidad de Alcalá fué fundada por un humilde hijo de Torrelaguna, elevado después

por sus méritos y virtudes á la primera dignidad de la Iglesia, y por su talento y patriotismo á los puestos más altos del Estado. Fray Francisco Jiménez de Cisneros, modesto fraile primero, luego cardenal, después regente de la nación hasta la venida de Carlos I, de carácter enérgico, estadista eminente, perseguidor de un ideal patriótico que late aún y latirá eternamente en el pensamiento de los españoles, la civilización del Africa, es una de las glorias de la patria de que se enorgullece la provincia de Madrid.

Hijos de ella son también el hacendista ilustre D. Juan Alvarez de Mendizabal, que llevó á cabo la obra de la desamortización, más calumniada que comprendida, el célebre arquitecto D. Ventura Rodríguez, el inmortal pintor Claudio Coello, y otros muchos.

En la actualidad, y por razones que explicaremos en otro sitio, la provincia de Madrid, si bien continúa siendo, como nunca, el centro intelectual de España, puesto que en la capital residen los hombres más ilustres, los institutos más célebres por su objeto y su organización, y allí se acumulan los mayores elementos de cultura, suele producir escasas notabilidades. De todas las provincias acuden á ella jóvenes que sienten en su alma grandes alientos y en su mente los destellos del genio; la ciencia, el arte, y sobre todo la política, les abren amplios horizontes, desconocidos en la estrechez de la ciudad ó en la soledad del pueblo, y en ella en-

cuentran pasto para su inteligencia y modelos que imitar para perfeccionar sus conocimientos, modificar sus gustos y adquirir ese refinamiento que tanto contribuye al éxito, mientras que los hijos de Madrid se consumen en la pereza, ó limitan, por regla general, sus aspiraciones á efimeros y materiales goces.





CARÁCTER, USOS

Y COSTUMBRES

SE manifiesta, más particularmente que en ninguna otra cosa, la índole progresiva de la especie humana, en los cambios de carácter de los pueblos y en las modificaciones que experimentan las Sociedades.

Tratar, pues, de fijar cuáles sean el carácter, uso y costumbres de los habitantes de una comarca cualquiera, tomando por punto de partida el origen conocido de la misma, equivaldría á hacer la historia de su desenvolvimiento á través del tiempo y del espacio, asistiendo á todas y cada una de las transformaciones experimentadas, por virtud de hechos que no son, en último resultado, más que efectos del espíritu progresivo de la humanidad.

De aquí se deduce la dificultad en que habremos de hallarnos para aplicar á esta par-

te de nuestro trabajo el sistema que hemos seguido hasta aquí, de hacer un compendio histórico de los usos y costumbres de los pueblos de la provincia de Madrid, partiendo de la época en que la historia nos da indicios exactos de su existencia.

Procuraremos, sin embargo, contener en límites tan amplios como nos sea posible la descripción que nos proponemos hacer, fijándonos más principalmente en todo aquello que nos conduzca á conocer de un modo verdadero la fisonomía moral de los pueblos de que venimos ocupándonos, sus gustos predominantes, sus cualidades de carácter y su mayor ó menor predisposición para los adelantos que el progreso impone como ley constante é ineludible.

Teatro la península ibérica de continuas irrupciones, fenicia primero, cartaginesa después, romana más tarde, luego goda, árabe á partir de la derrota del Guadalete, conquistando su independencia en una larga y cruenta lucha de siete siglos, se han visto imperar en ella, como en todos los pueblos sujetos á frecuentes y profundos cambios, leyes diversas, costumbres bruscamente interrumpidas, que han sido sustituidas más ó menos por completo, y, como resultado de todo esto, una mezcla de los elementos que forman nuestra presente nacionalidad.

El idioma nos dice que en España han dominado los fenicios y los romanos, que no han pasado en balde los siete siglos de la domi-

nación árabe, ni fué un acontecimiento sin importancia el establecimiento de los godos y visigodos.

El arte ha sentido la influencia de los conquistadores, y se ha manifestado unas veces brillante, otras oscurecido, sufriendo sucesivas transformaciones, de que dan muestras en España esos monumentos de arquitectura románica, gótica, árabe y del Renacimiento, especie de libro donde la mirada inteligente del hombre puede leer, de una manera precisa, *gráfica*, la historia de nuestra civilización á través de los siglos y el carácter peculiar de las razas que han vencido y dominado en España.

Las instituciones políticas tienen extraordinario influjo en los usos y costumbres de los pueblos, sobre todo cuando éstos no tienen participación directa en el poder, ni medios legales para modificar las leyes y ejercer presión en los gobernantes, como acontece desde que se estableció el régimen parlamentario. Así sucedía que los usos y costumbres cambiaban á gusto de las clases elevadas, que entonces, con más razón que hoy, se llamaban directoras.

Aunque, por fortuna nuestra, el feudalismo no llegó en España á tener el arraigo que en otras naciones; aunque, para honra y orgullo nuestros, en España tuvo el pueblo representación en Cortes muchos siglos antes de plantearse el sistema constitucional, y cuando en el resto de Europa imperaba el

feudalismo y predominaba el estado de servidumbre, sin embargo, la vida municipal no había llegado á su natural desarrollo, y la situación especial á que se hallaban sometidos los pueblos, sujetos al señorío y dependientes de distintas y opuestas jurisdicciones, era un obstáculo para el progreso y una de las causas que más directamente influían en su carácter, usos y costumbres.

Enclavada la que es hoy provincia de Madrid en la antigua Carpetania, se hallaba poblada por habitantes de la raza celtíbera, de los que dice Tito Livio que eran «de ingenio y ánimo feroces;» calificativo que el ilustre historiador aplica á los pueblos de la Carpetania por el ardor con que peleaban en los combates, y de que tantas muestras dieron en las terribles luchas que sostuvieron contra Roma.

Eran de constitución vigorosa y robusta, altos, bien formados, emprendedores y de un valor á toda prueba. Cuando no luchaban contra los romanos, se dedicaban á la agricultura, que debía estar muy floreciente en aquellos tiempos, dada la fertilidad que, según todos los testimonios, ofrecía esta región de España.

Poco conocidos son los usos, costumbres y creencias de los pueblos de la Carpetania, y claro está que lo son aún menos los de los que constituyen en la actualidad la provincia de Madrid, puesto que este nombre no empezó á sonar hasta mucho después de la

invasión de los árabes, y ya en pleno período de reconquista.

Unicamente por analogía, y teniendo en cuenta que *Complutum*, hoy Alcalá de Henares, era considerado como uno de los pueblos más importantes de la Carpetania, podemos precisar un tanto lo que al resto de la provincia se refiere.

Según *Strabon*, los celtíberos daban culto á un dios sin nombre, al cual festejaban los naturales en las noches de plenilunio, juntándose las familias á bailar delante de las puertas de sus viviendas.

Otros historiadores, además del mencionado, dicen, refiriéndose á las costumbres de los celtíberos, que vivían, como sus antepasados los *celtas*, en lugares pequeños, y muchos de ellos en los montes y selvas, hasta que, dominados por los romanos, perdieron su fiereza y adoptaron sus usos y ropaje.

Antes de esto usaban unas ropas cortas, llamadas *fages*, de color negro, fabricadas con la lana de sus rebaños, tan numerosos entonces, que pagaban en lana el importe de las contribuciones que les imponían.

Cubrían la cabeza con una especie de casquete adornado de plumas, rodeaban al cuello collares de perlas de metal ó de otras materias, y se ejercitaban principalmente en la caza y en juegos de á caballo.

Eran frugales en sus comidas y sobrios en el beber. El agua y la sidra eran las bebidas más usuales, pues el vino lo reservaban para

las grandes fiestas. De la bellota, que por entonces parece que abundaba mucho, habían un pan que sustituía al del trigo.

No conocían la moneda, sirviéndose de los frutos como objeto de cambio; y cuando había diferencias entre los objetos cambiados, se satisfacía la diferencia con unos pedazos de plata cortados en láminas, muy semejantes á las que en la actualidad usan los chinos.

Mostrábanse deferentes y respetuosos con los ancianos, á los que cedían siempre el lugar preferente; respeto que ha venido transmitiéndose hasta nuestros días, puesto que en los pueblos de la provincia de Madrid son proverbiales estos actos de deferencia y consideración á la ancianidad.

Nada nos dicen los citados historiadores de las costumbres agrícolas ni de otras maneras de manifestarse la civilización de los celtíberos; cosa que no es de extrañar, porque en esta misma ignorancia estamos respecto á épocas mucho más próximas. En cuanto á sus costumbres guerreras, dice *Strabon* que los celtíberos salían armados ligeramente con lanzas, escudos y espadas, y en sus escuadrones mezclaban la infantería con la caballería, la cual, en los terrenos escabrosos y difíciles, echaba pie á tierra y se convertía en infantes, como hace actualmente la caballería ligera.

La mujer compartía con el hombre las fatigas y peligros, en paz como en guerra. Le

ayudaba á labrar la tierra y reeoger los frutos, empuñaba la lanza y el escudo y se colocaba á su lado en los combates.

Hasta aquí, muy ligeramente descrito, lo que eran los celtíberos habitadores de la Carpetania; es decir, del territorio dentro del cual se halla enclavada la provincia de Madrid. Basta comparar los usos y costumbres de hoy con los de aquella época remota para formarse idea de los beneficios inmensos que se deben á la obra, quizá lenta, pero segura y constante, del progreso, que ha hecho de aquellos bárbaros y feroces habitantes de las selvas de la Carpetania los actuales habitantes de la primera provincia de España.

Seguir paso á paso este progreso ya hemos dicho que sería empresa imposible para nosotros; porque así como los celtíberos, una vez vencidos por los romanos, se amoldaron á los usos y costumbres de éstos, dando un paso avanzado en el camino de la civilización, del mismo modo, después que los bárbaros del Norte se establecieron en España y se adaptaron á la civilización de Roma, modificándola, por cierto, ventajosamente en algunos puntos, y más tarde, después de la invasión de los árabes, fueron acomodándose á los adelantos introducidos, tanto más rápidamente cuanto mayor fué la importancia que adquirieron los pueblos, debida unas veces á circunstancias fortuitas, otras á las necesidades de la guerra, y otras, en fin, á sus propios esfuerzos.

Una vez convertido Madrid en la capital de la nación y corte de los Monarcas españoles, los pueblos que más próximos á ella se encuentran establecieron con la capital más frecuentes relaciones. Los usos y costumbres de la corte, que con el advenimiento al trono de la dinastía de Borbón adquirieron gran refinamiento; el culto á las artes, que tanto protegieron y fomentaron los últimos reyes de la casa de Austria, especialmente Felipe IV; los adelantos de la ciencia y los progresos de la industria, que han llegado á su más alto grado en el presente siglo, y que tienen en Madrid su más elevada representación; la difusión de la enseñanza y de la educación, de que Madrid es centro, todo esto tenía necesariamente que ir modificando el carácter, los usos y las costumbres de los pueblos de la provincia, con mayor razón aún que los de otros más alejados del foco intelectual.

Debemos, no obstante, hacer una observación. Lo mismo en la provincia de Madrid que en casi todas las de España, entre los usos, costumbres, caracteres é ilustración de los habitantes de la capital y los de los pueblos que á la provincia corresponden, hay grandes diferencias, que hoy, con la facilidad de las comunicaciones y los mayores elementos de instrucción y de cultura, habrán de desaparecer ó modificarse esencialmente.

Ya se nota que esta diferencia no es tanta en las poblaciones cabeza de partido, y aun

en las que no lo son, pero que por circunstancias especiales reúnen más elementos de cultura. Alcalá de Henares, Getafe, Leganés, Chinchón y otros pueblos nos ofrecen ejemplo de esto.

En la misma capital se puede apreciar una gran variedad en el carácter, usos y costumbres de los habitantes. El *chulo* de los barrios de Lavapiés, Vistillas y Maravillas, heredero directo de los *chisperos*, que tan magistralmente supo trasladar al lienzo el inimitable pincel de Goya, no tiene semejante en ninguno de los otros barrios de la capital, ni en el vestir, ni en los modales, ni en nada, y otro tanto puede decirse de las mujeres. Todas las hijas de Madrid, es cierto, son hermosas, de cuerpo airoso, prontas y oportunas en el decir; pero no hay nada comparable con el tipo de la chula; es decir, de la *manola*, corregida por el tiempo y por los adelantos de la civilización.

Esto por lo que hace al pueblo de la capital. En lo que respecta á las localidades de la provincia, las costumbres se modifican con mucha más lentitud. Lo rudo de las tareas agrícolas se presta poco á una transformación rápida que, por otra parte, dificulta mucho la escasez de instrucción. Con el desarrollo de ésta, con la creciente facilidad de las comunicaciones, que permite más íntimo trato entre la capital y los pueblos, es indudable que se logrará precipitar la metamorfosis, cambiándose las actuales, un

tanto ásperas, por otras más suaves y más cultas.

La clase media ofrece en la provincia de Madrid un fenómeno digno de estudio. Mientras en las pequeñas poblaciones procura imitar en todo las costumbres de la capital, adaptándose á los gustos é inclinaciones que más distinguen á los habitantes de las grandes poblaciones, en Madrid sucede lo contrario. La *flamencomanía* ha llegado á adquirir un desarrollo funesto. Jóvenes nacidos en regular posición, medianamente educados, alternan la asistencia al aula con las visitas á las tabernas más afamadas, participan de las fiestas propias de la gente *flamenca*, creyéndose honrados con el trato de toreros y *cantadoras*, y figurándose valientes porque se han acostumbrado á llevar encima la imprescindible arma de oficio, el puñal ó la navaja.

La prostitución y el vicio llegan por este camino á serles familiares, y no es raro ver jóvenes, llamados por muchos títulos á ocupar un puesto distinguido en la sociedad, confundirse por el traje, las maneras y los gustos, con los hijos predilectos del vicio.

Esta degeneración de las costumbres no es, sin embargo, difícil de combatir, si á ello concurren cuantos tienen el deber de hacerlo. Es, á nuestro juicio, efecto de una educación viciosa y resultante de causas accidentales que desaparecerán, sin duda alguna, cuando cese este estado crítico por que



atraviesa la sociedad española, hondamente perturbada.

Si en ciertos detalles los habitantes de la capital se diferencian de los de los pueblos, en el conjunto hay perfecta identidad. Los hijos de la provincia de Madrid son altos, delgados, pero de buena constitución, más róbustos en los pueblos, por efecto de su mejor vida, que en la capital, donde todo conspira contra la salud del cuerpo y la pureza del alma.

En su trato son joviales, pero esto no impide que sean serios y formales, valientes y arrojados en los momentos de peligro, muy amantes de la patria y decididos partidarios del progreso, que ha tenido en ellos ardientes defensores, dispuestos siempre á derramar su sangre por la libertad.

De carácter pacífico, se exaltan, sin embargo, cuando se les ofende, y, sin ser pendencieros, no sufren con paciencia la ofensa, que tarda tanto en ser rechazada como recibida. Sin ser pródigos, tampoco pueden ser tachados de avaros; antes, por el contrario, más suelen pecar en ocasiones de espléndidos.

Son aficionados á los toros, que son su diversión favorita; gústales mucho también la música y el baile, y no son refractarios al teatro, por más que este espectáculo no sea el que más adeptos cuente entre la clase popular.

Como hombres de trabajo, los hijos de



provincia de Madrid demuestran singulares disposiciones. En el campo suelen ser buenos labradores, muy resistentes y de poco común inteligencia, pero apegados á la rutina y enemigos de las innovaciones en agricultura. En las ciudades y grandes centros de población hay muchos y excelentes obreros, inspirados artífices en toda clase de trabajos y oficios, porque los hijos de la provincia de Madrid son, en lo general, inteligentes y de excelentes aptitudes.





CULTURA GENERAL

Si prescindimos de la capital, el estado de cultura general en la provincia de Madrid se diferencia poco del de las demás provincias, ó al menos esta diferencia no está en relación con lo que podía esperarse de su proximidad al que es preciso considerar como centro de la cultura intelectual de España.

Mucho, sin embargo, se ha adelantado en estos últimos años, y más aún habrá que esperarse avance en los venideros. Las relaciones entre la capital y los pueblos de la provincia se aumentan con la facilidad que prestan los progresos del arte y de la industria, y á poco esfuerzo se logrará que los pueblos reflejen en sus maneras la cultura propia de los tiempos que corremos.

A este resultado ha de contribuir poderosamente

samente la enseñanza. A medida que ésta se difunde por la multiplicación de las escuelas y los adelantos en los métodos de educar al pueblo, éste se hace menos refractario á la cultura intelectual, base del progreso social en sus varias manifestaciones.

Es un hecho incontrovertible que en España se lee poco. El periódico y la novela no alcanzan en nuestro país la acogida que en otros, y esto quizá sea la causa de la lánguida vida del periodismo español, que, con raras excepciones, más que vivir, agoniza.

El nivel intelectual va al fin elevándose. El número de los que saben leer y escribir aumenta rápidamente, y no cabe dudar que la ignorancia, vencida en los grandes centros de población, se refugia en los pueblos de más escasos elementos para defenderse contra ella.

De allí se arrojará, como de todas partes. El maestro de escuela abrirá el camino para atacarla en sus últimas trincheras; el periódico y el libro darán armas para el combate, y el afán de progreso, innato en todas las almas, completará la obra.

Sería dato curioso para el estudio del estado de cultura de los pueblos de la provincia de Madrid saber el número de suscritores que en ellos tienen los periódicos, y el de lectores de las novelas y obras instructivas ó simplemente recreativas, porque esto podría conducirnos á establecer una base de juicio de que en absoluto carecemos.

Si hemos de juzgar por el testimonio de la observación, preciso será convenir en que no es ni el periódico ni el libro, por regla general, el recreo predilecto de la mayoría. El primero circula, no entre la gente que sabe leer, sino entre el escaso número que leen, más por necesidad que por gusto; y en cuanto al segundo, diríase que el libro es artículo de ilícito comercio.

Indudablemente mucha culpa de esto tiene la política, que, matando las ilusiones y pervertiendo los gustos, ha traído esta indiferencia sobre los periódicos, sin que para vencerla haya bastado la consideración de que hoy, en el periódico, suele haber algo de política, pero también mucho de otras materias cuyo conocimiento interesa por igual al político y al que no quiere serlo.

Los casinos y centros de recreo en los pueblos no tienen, por lo común, ningún fin instructivo, y en cambio suelen ser incentivo para el vicio. El juego, aunque no tenga el carácter de ilícito, forma la principal base de todos los recreos, y apenas si existe algún salón de lectura poco ó nada concurrido que sirva para diferenciar estos centros de otros menos cultos.

El arte en sus manifestaciones diversas, que tanto influye en la cultura general de los pueblos, tiene pocos partidarios. La música es quizá el que más fácilmente penetra en los gustos y en las costumbres populares; pero nadie ha pensado en cultivarlo de modo

que represente una afición general. Los pueblos se contentan con tener una banda de música, aunque sea mala, y no se meten en dibujos.

Y, sin embargo, ¡cuánto ganarían las costumbres y el carácter de los hijos del pueblo si estableciesen Sociedades corales y cultivasen la música con el fervor que cultivan otras distracciones menos cultas y más perjudiciales á la salud y al entendimiento!

No habían de faltar ejemplos que imitar á nuestros pueblos de la provincia de Madrid, sin necesidad de acudir á países extraños, donde el obrero, y aun el que no lo es, busca en la música distracción sana, civilizadora y útil. En España hay pueblos que, sin ser capitales, y hasta sin tener gran importancia, muestran con orgullo Sociedades corales, Orfeones y orquestas donde la juventud busca, en noble y culto recreo, satisfacciones al espíritu, que en otras partes suele hallar en la taberna ó en el juego.

La afición al teatro está algo más desarrollada entre el pueblo. Son muchas las localidades de la provincia de Madrid que tienen teatro; algunos de ellos son bastante capaces y no están mal dispuestos. En unos pueblos, alejados de la capital por la distancia ó por la falta de medios de comunicación, suelen contentarse con alguna que otra función teatral durante el año, supliendo la falta de actores el buen deseo de los aficionados al arte; pero otros, por el contrario, se permiten el

lujo de contratar Compañías más ó menos modestas, pero no tanto que impidan un regular desempeño de las obras dramáticas ó líricas más en boga.

Pudiéramos citar á algunas de las que hoy se consideran *estrellas* de los teatros de Madrid que no se han desdeñado de representar en los modestos teatros de algunos pueblos cercanos; y por nuestra parte podemos afirmar de algunos actores que no han podido hacerlo mejor en la misma capital.

Examinado bajo otros aspectos, el estado de cultura de los pueblos de la provincia de Madrid nada de notable ofrece, como es natural. La ciencia y las artes llamadas nobles, y las que sin tener este título influyen más eficaz y directamente en el mejoramiento de las costumbres populares, no es natural tengan en los pueblos de corto vecindario elementos para su cultivo. Alguno que otro favorecido de la fortuna posee cuadros y objetos de arte; pero suele entrar más en esto la vanidad que el gusto y la inteligencia.

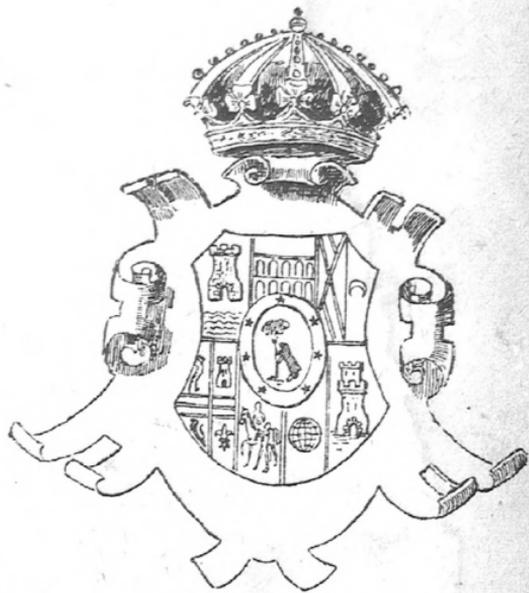
En conjunto, el estado de cultura general de la provincia de Madrid no es, como se ve, tan satisfactorio como fuera de desear; pero tampoco indica un atraso que sería, por muchos conceptos, lastimoso y censurable. Hay, sin embargo, como consuelo, la seguridad de que pocas provincias tienen, como la de Madrid, tantos elementos para desarrollar su cultura, ni tan grandes facilidades

para alcanzar este desarrollo en breve plazo. Bastará para ello que todos á una, autoridades y pueblo, hagan un esfuerzo para vencer la inercia que aletarga la vida de las poblaciones pequeñas y fomente la rutina y el abandono, á fin de que, aprovechando las ventajas con que el progreso material les brinda, con más insistencia cada vez, rompan el hielo de la indiferencia y hagan entrar al pueblo en el camino de mejoramiento moral é intelectual.

Ya tendremos ocasión de estudiar en detalle la cultura de cada pueblo; entonces habrán de presentársenos ocasiones de demostrar cuán fácilmente, si no todas, la mayor parte de las localidades de la provincia de Madrid pueden cambiar el estado actual de su cultura.







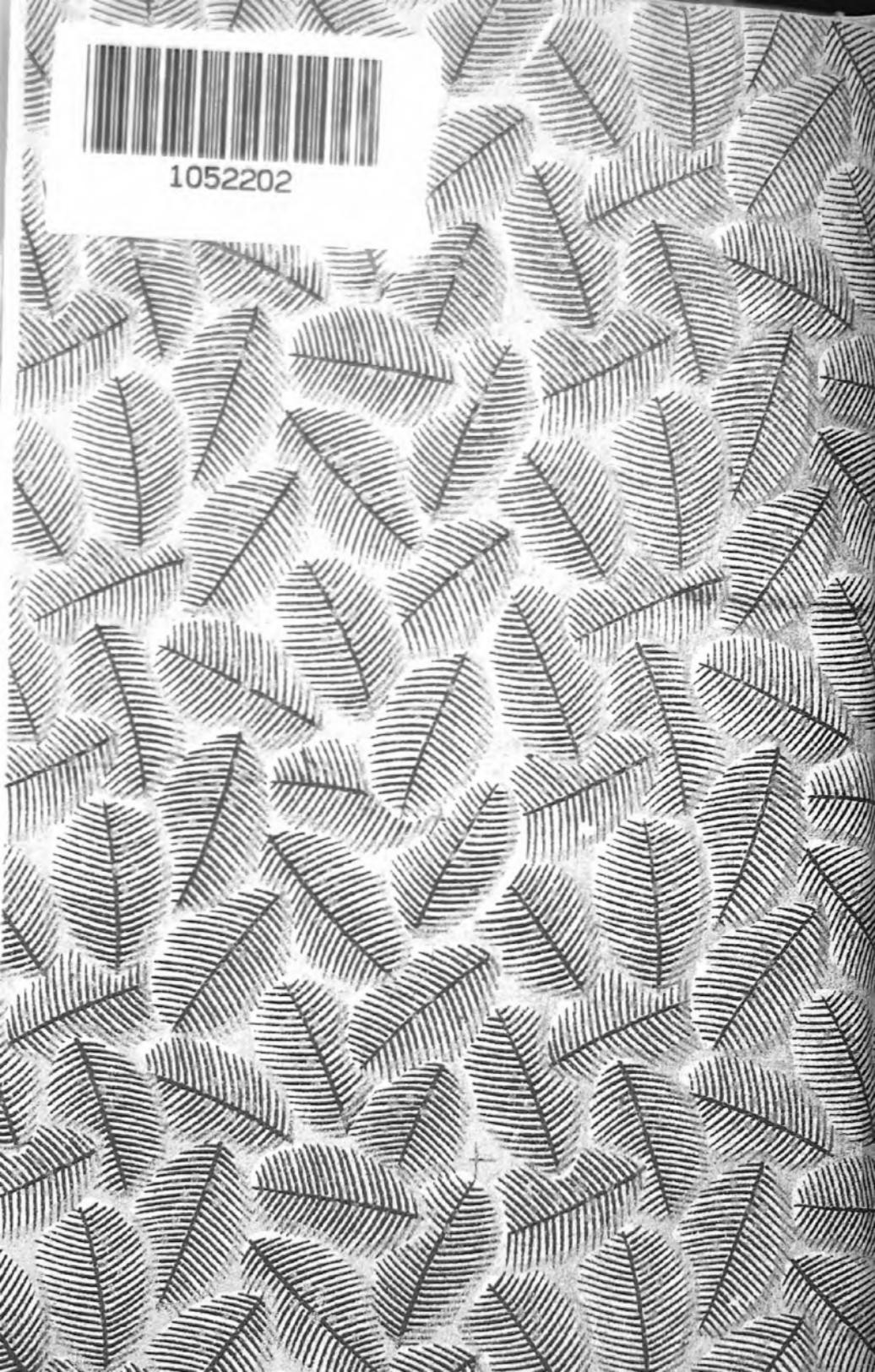








1052202





* 7 104566 120164 *

